

# EL IMPERIO BRITANICO SE TAMBALEA PERO...

Por JOSE Ma. de SAGARRA

USTEDES habrán oído decir que el Imperio Británico, esa entidad tan sólida que hemos aprendido a respetar desde nuestra más tierna infancia, es algo que también tambalea en la incómoda arista de nuestro momento histórico, sobre la cual tan difícil es mantenerse en equilibrio cuando a la historia le da la gana de convertirse en sísmica, convulsionaria y confusional.

Que materialmente el Imperio Británico no es en la actualidad lo que era a principios de nuestro siglo XX nos lo da a entender, si es que las apariencias no engañan, la simple lectura del periódico que acompaña a nuestro desayuno.

Pero yo sigo creyendo, a pesar de las apariencias, que el Imperio Británico, en aquel sentido que tuvo el Imperio Romano, y que concedía a sus ciudadanos la sensación de que allí donde estaban ellos estaba Roma, y les permitía crear en el ambiente más hostil o más exótico un clima genuinamente, terriblemente romano, con el cual limpiaban sus pulmones, como si permanecieran en su propia casa; este sentido de producir en donde quiera que sea, el gusto y el saber de la romanidad, es el sentido que, a pesar de los pesares, les permite todavía a los ingleses el lujo de producirse como ciudadanos de excepción en la aporreada y no muy nutritiva olla internacional donde se zambullen, para poder vivir y pescar algo, la inmensa mayoría de los ciudadanos del mundo.

No es que esa "britanidad", como aquella "romanidad", les produzca a los ingleses extraordinarios beneficios materiales, pero sí creo yo que les concede un pequeño lujo de carácter moral, que a veces no pasa de infantil y vaga ilusión; pero sabido es que de ilusiones vive el hombre, y una ilusión, a falta de algo mejor, no es para despreciarla.

Estas consideraciones, a las que no se crea que doy mucha importancia, me asaltaron el otro día en la fronteriza villa de Port-Bou. Tuve que marchar por asuntos particulares, precipitadamente, a la citada villa, y a la hora que la gente honesta de nuestro país acostumbra a morzar. Así es que llegué a Port-Bou a las cinco de la tarde, con el estómago vacío y en el tiempo que me dejaron momentáneamente libre las diligencias que allí me llevaban, procuré buscar un lugar a propósito para satisfacer mi natural apetito y no tarde en dar con un restaurante situado muy cerca de la estación.

No crea nadie que en aquellas circunstancias ni en aquellos momentos la función de comer fuese una tarea fácil. Hallé el restaurante en una actitud de impudico abandono. Una chica muy simpática, y bonita además, se negó, desde luego, a mis honestas pretensiones, pero al darse cuenta del tiempo que llevaba sin comer dijo que consultaría a otra chica. De jerarquía superior a la suya. Salí esta nueva chica, con cara de muy pocos amigos, pero dispuesta quizá a complacerme, me dijo que almorzar a las cinco y media de la tarde era algo grave; que allí no había nada preparado, y que tenía que consultar a su tío. Pasaron diez largos minutos, al cabo de los cuales apareció otra vez la sobrina, quien, después de evacuar consulta con su señor tío, me dijo que podía sentarme, y que no podía aspirar a nada más que a la corriente tortilla y al consabido pedazo de carne con patatas.

Resignado y agradecido, aguardé lo que se me ofrecía y debo constatar que la comida se presentó con suma rapidez. Mi

apetito no fué un crítico exigente, y me pareció que todo lo que me sirvieron era de la mejor calidad. Lo que realmente no me resultó hospitalario fué el ambiente y la soledad que me rodeaban pero ya al final de mi almuerzo aparecieron en el local hasta seis señoras, todas de nacionalidad inglesa.

Describir aquellas seis señoras con la minuciosidad que me recían me llevaría demasiado espacio. Basta decir que todas ellas habían doblado los cuarenta, y los cuarenta aquí representan un exceso de galantería. Si no eran bellezas auténticas, poseían todas un tremendo carácter, algo de un tipismo, de un pintoresquismo y de un excentricismo feroces. Y esto estaba en razón directa con la enorme simpatía y la arrobadora humanidad que centeaba en sus ojos y arrebolaba atrozmente sus mejillas.

Del vestir de aquellas damas, todo lo que se diga en colorines, en anacrónicas coqueterías y en originalísimos caprichos será insuficiente. Pero esto no tiene nada de particular. Lo convincente en ellas era su imperturbable aplomo, su sanísima seguridad y su felicidad profunda, a lo menos aparente. Claro está, para aquellas señoras había sonado la hora crítica del té y esto no admitía dilaciones.

Se sentaron las seis, con una naturalidad pasmosa, alrededor de un no muy limpio mantel, usado ya en un anterior almuerzo, y la chica que me sirvió a mí les trajo seis tazas; no seis crisantemos, sino seis enormes tazas de la loza más vulgar; de esas tazas que utiliza el jovial y honrado viajante para tomar su café con leche.

Después de las tazas, vino un plato de postre con la mermelada, unas groseras y no tizadas rebanadas de pan y un trozo de mantequilla, sin previos recortes y sin maquillaje.

Luego, claro es, apareció el líquido oscuro, en una cafetera de latón, al cual llamaremos té, ¿Pero qué importaba todo esto? ¿Qué importaban el ambiente y el paisaje que podía descubrirse más allá de las ventanas del local? Aquellas señoras, en su modestia, en su para ellas trascendencia y para nosotros, profanos, ridiculez o excentricidad, creaban el ambiente, y el paisaje, y el aire sutil, y la intimidad, y la femineidad, y la coquetería, y la distinción, de aquel magnífico, y solemne, y gótesco té de Port Bou.

Todas ellas dejaron de ser seres humanos, y pobres mujeres limitadas, aporreadas sin duda por la cotidiana existencia, y se convirtieron en seis espléndidos pájaros tropicales. No nos fijemos en su plumaje desteñido, ni en sus formas no muy ágiles, ni en su no muy canora voz; fijémonos solamente en el rito de alegre y social britanidad que con unos pobres manteles y unas lamentables tazas, engendraban en aquel momento la etiqueta de sus dedos y la ilusión de sus palabras.

Estaba yo al final de mi triste, improvisado y extemporáneo almuerzo, compensado solamente por el humo de un auténtico cigarro, cuando aquellas señoras me sirvieron, como inapreciable postre, el tremendo y el emocionante espectáculo de su irreductible britanidad.

Y pensé que aunque se quede Inglaterra sin una gota de petróleo, será muy difícil que en sus ciudadanos se pueda mutilar la facultad de digerir el mundo con este, para nosotros, escalofriante y segurísimo espíritu imperial.